

SOLILOQUIO DE OCTAVIO CUELLAR. (UNA EXPLICACIÓN NECESARIA)

Querido lector, no se afane en buscar respuestas.

Yo soy el puente.

Un lugar de tránsito por donde pasea, inquieta, la escultura.

Calma , calma, ahora le explico.

A esta conclusión llegué hace años: estaba varado y a mis pies coqueteaba una encrucijada. A un lado del camino sobresalían los volúmenes, los espacios abiertos, el metal; eran tres las dimensiones que a coro me llamaban. Al otro lado, no sé qué decirle. No tuve tiempo de mirar. De nada me valió el remedio de Ulises, amordazado como estaba, cambié el rumbo y me dejé llevar por el golpe del martillo, ese canto de sirena que hoy me invade... Sí, fue un acto pleno de seducción, sin pensarlo tomé la vereda, soñando hojas secas, escarabajos, brisa, tierra, temporal. Y en medio del sueño buscaba, tenía la necesidad de encontrar un ideal de hombre. Al alcance de la mano hallé la escultura y ésta, a su vez, me sugirió la búsqueda de una escultura ideal.

No era sencillo, siempre pensé que el hombre en su composición era simétrico, pero también lo conformaba una especie de balance, un equilibrio casi letal, cincuenta por ciento materia, la otra mitad, espíritu.

Nunca fui lo suficientemente materialista como para prescindir de Dios, pero tampoco demasiado idealista como para depender de él completamente. Así, la parte material funcionaba como el caparazón y el vacío era la esencia. Lo cual llevado a obras volumétricas era el juego donde las probabilidades pretendían ser realidad. Ahí comenzó el conflicto. Mundo material versus necesidades inmateriales. El propósito, en principio, fue mostrar la sencillez y fragilidad del hombre, devolverle su tamaño. Sembrar árboles que sólo dieran sombra a su estatura, sin nublar su aureola. Para esto, con todo el sentimiento maternal que atrapa al artista dentro de su obra, tuve que hacer mi propio cordón umbilical, lograr que cada pieza fuera una extensión mía, un pedazo que donaba al material para conformar una idea. ¿Ya entiende por qué el puente, el instrumento? Mi papel consistía -y consiste- en recrear las imágenes cotidianas y -atisbo, noción de poeta frustrado- tocarlas con la espátula del lirismo.

Claro que son imágenes cotidianas. ¿No pensará que me invento todas las situaciones que esculpo? Las imágenes están ahí, pululan alrededor mío. El resto radica en la percepción, para la cual he creado una especie de mecanismo que permita que los espectadores vean allá donde yo veo.

Ese mecanismo no es otro que la obra. La vida es inmensamente efímera. A veces me asusta que con lo simple y llevadera que puede ser, quede envuelta en una red que todo lo ocupa y dificulta. Por eso pretendo dejar al margen filosofías, teologías, las políticas, sistemas de códigos establecidos por el hombre, que solo complejizan su pensamiento, su manera de aprehender, de habitar el mundo. Mezclo símbolos antagónicos; evoco tiempos pasados, presentes -y futuros-, e invito a la reflexión.

El mecanismo no es otro que la obra. En ella lanzo mi alarido -un grito en silencio, una mueca, un gesto-, en ella exploto al máximo las visiones que me asaltan. Ese, probablemente, es mi aporte, perseguir en cada situación los estados de clímax; cuando nombro: *El hambre del hombre*, es porque ya quedé convencido de que no puede existir apetito tan voraz como ese; cuando sentencio: *Entre cuerdas y tus oídos*, conozco de antemano que no hay otra melodía que la que se escucha en ese abismo ubicado entre las cuerdas y tus oídos. El carácter narrativo, anecdótico, que emana de mis esculturas esta condicionado por factores internos. De niño cerraba los ojos y me veía rodeado de amigos ávidos de escuchar mis historias. Era una máquina de fabricar leyendas -incluso para mí-. Tenía la voz, necesitaba oyentes. Entonces descubrí que guardaba adentro secretos que esperaban ser revelados, quería comunicar. Al crecer comprendí que hablaban más mis manos que mis frases. Por tanto, el cambio se produjo en el modo de expresión: del verbo a la forma.

¿Y por qué la forma decidió ser metal y no lienzo, cartulina, papel?. También tiene su explicación. Todos los soportes que probé eran demasiado tangibles, y en ellos la nada era ilusión óptica, imagen virtual. La incorporeidad era una isla en la cual no había otra vía de acceso que avanzar a nado.

Antes de cometer semejante suicidio recordé todos mis naufragios y preferí no hundirme en aquel mar -suerte de suprematismo- donde Poseidón se llamaba Malévich y la capital de su reino era un cuadro, un color: *Blanco sobre blanco*.

El metal brindaba esa posibilidad. En ese sentido estaba immaculado. Otro aspecto importante era su consistencia. Duradero, capaz de resistir las más violentas curvas, las más disímiles apariencias; las botas del tiempo, ese eterno caminante.

¿A qué debe el tema recurrente, la inmaterialidad?. Ese es otro capítulo. Pero es cierto, el vacío no es la técnica sino la temática. Una noche decidí desvestir una de mis esculturas. Cuando quité el ya mencionado caparazón noté que, al desnudo, quedaba la pieza virgen, la idea primaria, la culpable del insomnio. Pero se presentó un problema: no podía hacer alusión a la inmaterialidad partiendo de ella misma, porque entonces, cómo discernir una pieza de la otra si todas eran aire, transparencias. La inmaterialidad necesitaba cuerpo; un molde que delimitara los contornos entre el espacio vacío y *mi* espacio. Además, no todos los vacíos hablaban el mismo idioma. Proclamaban por momentos ira, pasión, melancolía, rabia, ternura; y energía siempre. Les hacía falta la estructura externa que tradujera cada sentimiento. Y esa estructura tenía un nombre: material, metal.

Puede suceder que un día al esculpir presente el pedestal y brinde el cielo como posible monumento. Pero por lo pronto no se alarmen. Tengo la certeza de que al poner una forma destruyo otra. Por ahora no se trata de ser, la cuestión en este caso es elegir.

Escoger la mejor vestimenta.

Alexis Raúl Díaz Romay.

Poeta y escritor¹.

¹ Revista cubana, **Habanera**, Instituto Cubano de Amistad con los Pueblos (I.C.A.P.), La Habana, Año 4, No. 11, 1998, pp. 76-78.